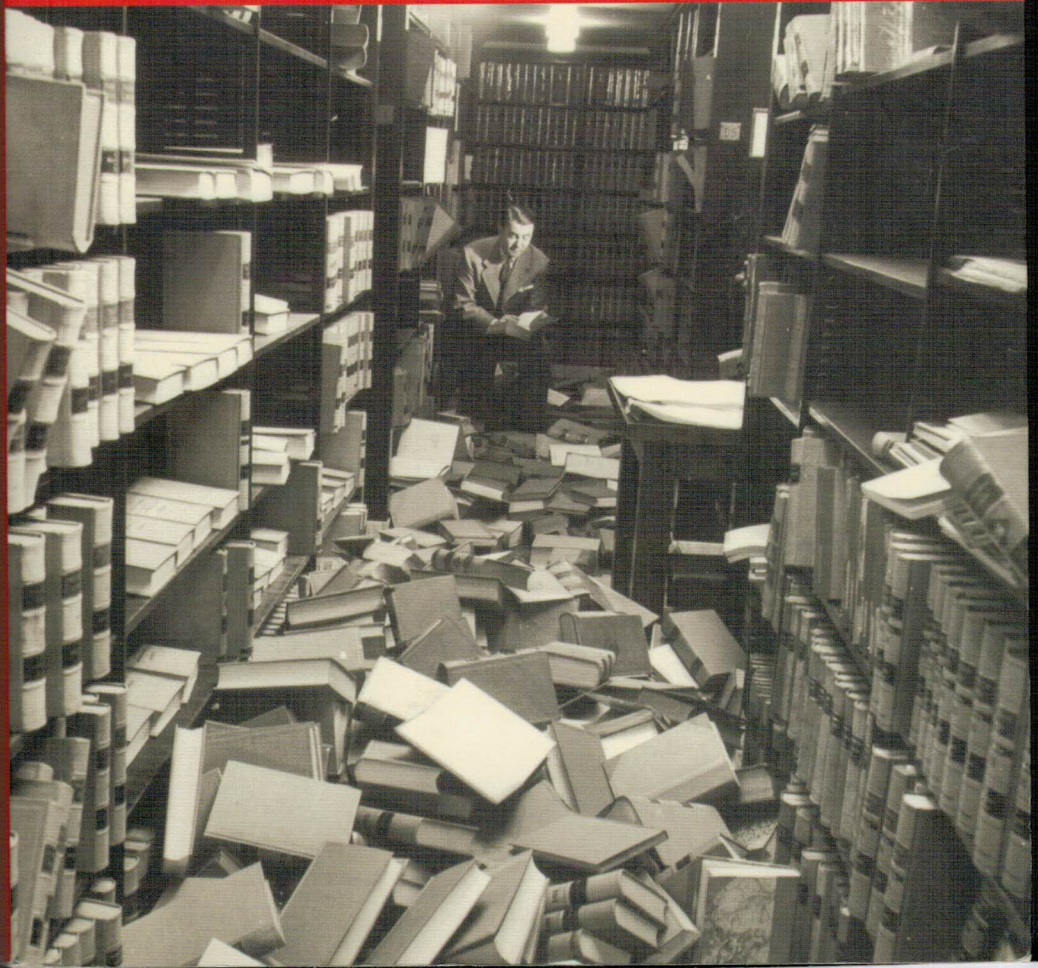


Ángel Esteban

EL ESCRITOR EN SU PARAÍSO

Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios
Prólogo de Mario Vargas Llosa

PERIFÉRICA



PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2014
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

PRÓLOGO I

© Ángel Esteban, 2014
© del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-92-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-138-2014
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Gloria Fuertes (España, 1917-1998):
sus jefes, los libros, 127

Bartolomé José Gallardo (España, 1776-1852):
el príncipe de los bibliófilos españoles, 137

Johann Wolfgang von Goethe (Alemania, 1749-1832):
en su biblioteca de Weimar, 149

Jacob Grimm (Alemania, 1785-1863)
y Wilhelm Grimm (Alemania, 1786-1859):
investigaciones en las bibliotecas alemanas, 159

Paul Groussac (Argentina, 1848-1929):
casi medio siglo en la Biblioteca Nacional, 169

Martín Luis Guzmán (México, 1887-1976):
bibliotecario, revolucionario, hombre de letras, 181

Juan Eugenio Hartzenbusch (España, 1806-1880):
el espíritu del Romanticismo, 191

Johann Christian Friedrich Hölderlin
(Alemania, 1770-1843): el bibliotecario loco, 203

Stephen King (Estados Unidos, 1947):
algo más que libros en la biblioteca, 215

Marcelino Menéndez Pelayo (España, 1856-1912):
una biblioteca andante, 227

Robert Musil (Austria 1880-1942):
el bibliotecario sin atributos, 241

1753-1810 (1907), *Mendoza y*
Historia argentina (1918), los
El viaje intelectual (1904-1920)
(1919), con las biografías de
eda, Pellegrini y otros desta-
e la política y la cultura. Tam-
Biblioteca Nacional de Buenos
noticia de la evolución de esa ca-
dirigió los *Anales de la Biblio-*
que pretendía continuar con la
desarrollado con la de finales de
s de sus obras significantes fue-
(novela), *Relatos argentinos*, *La*
ítica literaria, *Las islas Malvinas*
or la pasión que sobre él infun-
de Liniers, finalmente publica-
1907, después de adelantar ca-
sta *La Biblioteca*.

rajo una enfermedad en los ojos
poco después, y así vivió hasta
9, paseando, como lo haría Bor-
de, y lo había hecho antes José
estanterías de su biblioteca y to-
s que ya no podría volver a con-

BIBLIOTECARIO, REVOLUCIONARIO,
HOMBRE DE LETRAS
MARTÍN LUIS GUZMÁN
(MÉXICO, 1887-1976)

Pocas personalidades hay tan completas en el México revolucionario como Martín Luis Guzmán. La época más convulsa de la historia mexicana trajo consigo a la vez una pléyade de intelectuales y humanistas, que inauguraron un grupo quizá no superado en el país, y que puede compararse, por la calidad y el número de sus miembros, al de *Orígenes* en Cuba, *Sur* en Argentina, *Bloomsbury* en Inglaterra o el *Ventisiete* en España. Junto con Guzmán, otros bibliotecarios, escritores, periodistas, filósofos, formaron parte del Ateneo. En 1908, Jesús Acevedo llevó a Martín Luis a su primera reunión del Ateneo de la Juventud, donde se encontraban José Vasconcelos (que llegaría a ser Ministro de Educación), Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Julio Torri, Carlos González Peña, etc. En esa época

Guzmán ya había editado *La Juventud*, una revista quincenal, en 1900, cuando apenas tenía trece años. De ahí hasta su incursión en el grupo ateneísta, el mexicano escribía para sí mismo, consultaba bibliotecas, extraía datos para sus investigaciones y sobre todo crecía como lector. A partir de 1908, su formación sería, en cierta medida, colectiva, pues participaba con el resto de los amigos en actividades literarias.

Ese momento fue quizá el más productivo en cuanto a las bibliotecas se refiere, pues todos ellos, junto con Alfonso Reyes, a quien Guzmán había conocido en el curso de preparación para la universidad, iniciaron un largo peregrinaje por las bibliotecas, públicas y privadas, de la capital. En concreto, la biblioteca de Caso era el cuartel general de los amigos, que los acogía semanalmente para leer y comentar libros fundamentales de la literatura universal, la filosofía o la historia de las civilizaciones. De esos encuentros «librescos» diría Guzmán más adelante:

Éramos grandísimos lectores, grandes conversadores: nos comunicábamos impresiones y analizábamos nuestras ideas. Todo nos preocupaba. Éramos muy serios. Por entonces comencé a sentir una vaga aspiración de ser escritor, de dedicarme a las letras por las letras mismas.

Esta act
1908 a 19
lución, la
manera d

Uno de l
saba Guzmá
quez Ureña.
biblioteca de
pañaba a Ma
siempre en c
al llegar a la c
tad de sus ca
gar de quedar
suya, en la cal
tenían que pa
lo que aprove
consultar cual
cutiendo en es
las conversacio

Ya en la cas
sí, yo te enc
versaciones
ocho de la m
familia me p
mos Pedro y
co o diez m

editado *La Juventud*, una re-
1900, cuando apenas tenía
hasta su incursión en el gru-
cano escribía para sí mismo,
cas, extraía datos para sus in-
bre todo crecía como lector.
su formación sería, en cierta
pues participaba con el resto
tividades literarias.
ue quizá el más productivo en
otecas se refiere, pues todos
fonso Reyes, a quien Guzmán
el curso de preparación para la
aron un largo peregrinaje por
blicas y privadas, de la capital.
iblioteca de Caso era el cuartel
nigos, que los acogía semanal-
y comentar libros fundamenta-
a universal, la filosofía o la his-
izaciones. De esos encuentros
Guzmán más adelante:

lósimos lectores, grandes conver-
comunicábamos impresiones y
nuestras ideas. Todo nos preocu-
muy serios. Por entonces comen-
a vaga aspiración de ser escritor,
e a las letras por las letras mismas.

Esta actitud está presente en mis escritos de
1908 a 1912 (...). Más tarde, al estallar la Revo-
lución, la posibilidad de escribir se tornó en mi
manera de expresar ideas. (Carballo 2001: 2)

Uno de los colegas con quien más horas pa-
saba Guzmán en aquella época era Pedro Henrí-
quez Ureña. Cuando terminaban la reunión en la
biblioteca de Caso, salían juntos, y Pedro acom-
pañaba a Martín a su casa. Como se enfrascaban
siempre en conversaciones de alto vuelo literario,
al llegar a la calle Naranjo todavía estaban en la mi-
tad de sus cavilaciones, por lo que Martín, en lu-
gar de quedarse en casa, acompañaba a Pedro a la
suya, en la calle San Agustín. Para llegar hasta ella
tenían que pasar por la Biblioteca Nacional, por
lo que aprovechaban muchas veces para entrar a
consultar cualquiera de los datos que estaban dis-
cutiendo en ese momento. Pero ahí no terminaban
las conversaciones. El mismo Guzmán lo explica:

Ya en la casa de Pedro, este me decía: «Ahora
sí, yo te encamino y regreso solo.» Estas con-
versaciones peripatéticas se prolongaban de las
ocho de la noche a las cuatro de la mañana. Mi
familia me preguntaba qué era lo que hacía-
mos Pedro y yo. Nos oían hablar durante cin-
co o diez minutos bajo los balcones de casa.

decíamos por espacio de dos
olvían a escuchar nuestras vo-
ignoraban que los silencios es-
s a caminar. En 1912, ya estaba
o (gran amigo, gran trabajador,
o, inflexible) se le metió en la
imprescindible que aprendie-
evos deberes para ganar el sus-
aban a trabajar más duramente.
casa, todos los días, entre las
z de la noche. En ocasiones, ya
o. Pedro me sacaba de la cama:
hora de la clase de latín.» (Car-

afirma con respecto a todos los
ue el «modus vivendi» del gru-
tes años: «Nuestra vida estaba
orma que vivíamos constante-
s libros: éramos bibliotecarios,
gua nacional o de literatura. So-
e nuestro lujo, la perpetua Aca-
nscurrían nuestros días.» (Car-

res políticos dieron al traste con
Derrocado Porfirio Díaz, co-
a de violencia descomunal que
a siguiente con millones de muer-

tos y un país destrozado. Con la llegada de Ma-
dero al poder, Guzmán, que había pasado una
temporada en Estados Unidos como canciller del
Consulado de México en Phoenix (Arizona), vol-
vió a su país y fue nombrado bibliotecario en la
Escuela Nacional de Altos Estudios. Fue la pri-
mera vez, y no la única, que iba a relacionarse con
las instituciones bibliotecarias no como visitante
sino como trabajador del gremio. Este cargo tu-
vo que ver con su vinculación con el maderismo.
Años antes, el mexicano había participado con
vehemencia en las manifestaciones que exigían
la dimisión de Porfirio Díaz, y su padre, al esta-
llar la Revolución, como militar vencido y heri-
do, instó a su hijo Martín Luis a seguir la carrera
de las armas y estar involucrado en la política de
su país, al que debería servir tanto con las letras
como con las armas. Después de una corta estan-
cia en la primera biblioteca, fue designado Secre-
tario de la Universidad de México y dio clase en
la Escuela Superior de Comercio. Fundó un pe-
riódico antihuertista, *El Honor Nacional*, y criti-
có el golpe de estado de Huerta.

A finales de 1914 fue nombrado director de la
Biblioteca Nacional, lugar que le recordaba a los
interminables paseos con Pedro Henríquez Ure-
ña, pero no tuvo oportunidad de establecer cam-
bios profundos ni mejoras, pues el clima bélico

impedía al país caminar con normalidad. Los tres directores anteriores, desde 1912, habían introducido novedades de cierta envergadura: Rogelio Fernández Güell instaló el Departamento de Periódicos y Revistas en el lugar donde se encontraba ubicado el antiguo coro de iglesia; Luis G. Urbina (también escritor) creó el Departamento de Biblias y sus comentaristas, procuró conservar las obras que se descuidaron durante muchos años, formó la sección de manuscritos, la catalogación de los incunables y reanudó el Boletín con carácter plenamente bibliográfico, y completó varias obras que se encontraban dispersas.

El sucesor de Urbina fue Luis Manuel Rojas Arreola, quien trabajó con empeño aumentando la plantilla de empleados y mejorando el presupuesto general para la biblioteca. Fundó la primera Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, cambió la clasificación e inauguró la nave principal de la biblioteca para el servicio nocturno. Guzmán se limitó, en el corto espacio de tiempo que fue su director, a mantener los logros que habían introducido sus antecesores, para mejorar el funcionamiento general de la institución y hacerla más útil al usuario. Por esa época, Guzmán también llegó a ser coronel del Ejército, a las órdenes de Pancho Villa, una vez asesinado Madero. Pero la inestabilidad política le obligó

a exiliarse de s
menos un año,

1916, se dedico

Todo el bag
teriores vería s
to de converti
de su tiempo,
velas de la eta
que le tocó viv
teca Nacional,
dística y erudi
documentos de
rias. Descubri
tas de Gregori
crucial a la bib
do en el *Boletín*
Revista de Filo
259). En un seg
1936, recorrió
ción, colaborac
tuvo sesgo polí
consejero, agen
ña, tanto antes
Primo de River

Pero ese seg
nera muy direc
España se publ
El águila y la s

nar con normalidad. Los tres
s, desde 1912, habían intro-
e cierta envergadura: Roge-
instaló el Departamento de
s en el lugar donde se encon-
iguo coro de iglesia; Luis G.
critor) creó el Departamento
mentaristas, procuró conser-
descuidaron durante muchos
ción de manuscritos, la cata-
unables y reanudó el Boletín
ente bibliográfico, y comple-
se encontraban dispersas.
rbina fue Luis Manuel Rojas
ajó con empeño aumentando
eados y mejorando el presu-
a la biblioteca. Fundó la pri-
onal de Bibliotecarios y Archi-
asificación e inauguró la nave-
lioteca para el servicio noc-
limitó, en el corto espacio de
director, a mantener los logros
cido sus antecesores, para me-
mento general de la institución
al usuario. Por esa época, Guz-
5 a ser coronel del Ejército, a
ncho Villa, una vez asesinado
nestabilidad política le obligó

a exiliarse de su país. Instalado en Madrid más o
menos un año, de principios de 1915 a febrero de
1916, se dedicó en cuerpo y alma a la escritura.

Todo el bagaje recogido en los siete años an-
teriores vería su fruto. El mexicano estaba a pun-
to de convertirse en una de las plumas maestras
de su tiempo, testigo fiel y honesto con sus no-
velas de la etapa difícil de la historia de su país
que le tocó vivir. En Madrid frecuentó la Biblio-
teca Nacional, realizó una ingente labor perio-
dística y erudita, aprovechando los valiosísimos
documentos de nuestras instituciones biblioteca-
rias. Descubrió, por ejemplo, las poesías inéditas
de Gregorio Silvestre, y contribuyó de modo
crucial a la bibliografía de Góngora, colaboran-
do en el *Boletín de la Academia Española*, en la
Revista de Filología Española, etc. (Portal 1993:
259). En un segundo exilio madrileño, de 1925 a
1936, recorrió los mismos derroteros: investiga-
ción, colaboración en prensa diaria, pero también
tuvo sesgo político, ya que fue confidente, amigo,
consejero, agente y cooperador directo de Aza-
ña, tanto antes como después de la dictadura de
Primo de Rivera.

Pero ese segundo exilio confirmó de una ma-
nera muy directa su vocación de narrador. En
España se publicaron sus dos mejores novelas:
El águila y la serpiente (1928) y *La sombra del*

candillo (1929), dos pilares insustituibles de la literatura de la revolución mexicana. Asimismo, en la Península comenzó a escribir otra de sus obras maestras, *Memorias de Pancho Villa*, iniciada en 1936, por entregas, en *El Universal*, y publicada en cuatro volúmenes en 1938 y 1940. Ese último año, ya bien instalado en la capital mexicana, fue elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. En su discurso de ingreso reconocería que el verdadero intelectual es el que viene de «las aulas y de las bibliotecas» (Portal 1993: 260), frente al «intelectual orgánico», cuyo origen es dudoso. Sus méritos literarios tenían cada vez mayor reconocimiento en el país, hasta que en 1958 se le concedió el Premio Nacional de Literatura, y al año siguiente el Premio Manuel Ávila Camacho.

Ese mismo año ocurrió otro acontecimiento que volvió a ligarlo profundamente a las bibliotecas: fue designado Presidente de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, de manera vitalicia, cargo que ostentó hasta su muerte en 1976. Asimismo, en 1969 fue elegido Senador, y ocupó su escaño igualmente hasta el momento de su muerte. Con estas dos últimas distinciones, su labor para difundir la cultura y la educación en su país se multiplicó enormemente, ya que todos los libros de texto, en cualquiera de los segmen-

tos de la educación aprobaba, y gestaba los recursos necesarios para que se dio un paso más en la enseñanza, en las condiciones, y para hacer llegar al mayor número de estudiantes contra el analfabetismo, la erradicación de las bibliotecas, los objetivos fundamentales de la vida, cuando ya a la vez apetible, ya que me-

Por todo ello, la personalidad de Martín Luis Barón, principal impulsor, junto con la *de abajo*, de la nación, y también como en México, a través de sus investigaciones, su labor en contacto con los libros literarios en los que el bloque mexicano de la cultura y la acumulación, una de sus grandes tareas, extender las necesidades y situaciones

pilares insustituibles de la li-
ción mexicana. Asimismo, en-
zó a escribir otra de sus obras
s de *Pancho Villa*, iniciada en
en *El Universal*, y publicada
es en 1938 y 1940. Ese último
do en la capital mexicana, fue
e la Academia Mexicana de la
curso de ingreso reconocería
intelectual es el que viene de
bibliotecas» (Portal 1993: 260),
ual orgánico», cuyo origen es
tos literarios tenían cada vez
iento en el país, hasta que en
ó el Premio Nacional de Lite-
guiente el Premio Manuel Ávi-
o ocurrió otro acontecimiento
lo profundamente a las biblio-
do Presidente de la Comisión
o de Texto Gratuito, de mane-
que ostentó hasta su muerte en
n 1969 fue elegido Senador, y
gualmente hasta el momento de
estas dos últimas distinciones, su
dir la cultura y la educación en
licó enormemente, ya que todos
o, en cualquiera de los segmen-

tos de la educación, pasaban por sus manos: él los
aprobaba, y gestionaba a la vez los mecanismos
necesarios para que llegaran a todos los estudian-
tes sin costo alguno para las familias. Con ello,
se dio un paso muy firme para mejorar la calidad
de enseñanza, en las escuelas y en las universi-
dades, y para hacer llegar el proyecto educativo
al mayor número de personas posible. La lucha
contra el analfabetismo, por un lado, y la popula-
rización de las bibliotecas municipales, fueron los
objetivos fundamentales de los últimos años de su
vida, cuando ya alcanzaba una edad más que res-
petable, ya que murió a los ochenta y nueve años.

Por todo ello, hay que considerar la persona-
lidad de Martín Luis Guzmán como el princi-
pal impulsor, junto con Mariano Azuela y *Los
de abajo*, de la narrativa de la revolución mexica-
na, y también como un gran difusor de la cultura
en México, a través de su trabajo en bibliotecas,
sus investigaciones históricas, políticas y filosó-
ficas, su labor en cargos institucionales relaciona-
dos con los libros o las bibliotecas, y sus ensayos
literarios en los que trataba de convencer al pue-
blo mexicano de las ventajas y placeres de la lec-
tura y la acumulación de conocimientos. De he-
cho, una de sus grandes preocupaciones fue la de
extender las necesidades intelectuales a todos los
estamentos y situaciones laborales del país. Para

Guzmán fue muy importante, por ejemplo, que los políticos fueran hombres de letras, personas cultas, interesadas por la lectura y la escritura. Solo así se podría dar con las soluciones adecuadas a los problemas sociales y económicos del país. Así lo decía en uno de sus artículos periodísticos de la década de los diez: «Los políticos mexicanos no son, salvo excepciones contadas, ni escritores, ni oradores, ni periodistas, ni conferenciantes, ni maestros; son ciudadanos simples, hombres de poquísimas o ningunas letras, aunque a veces de muy buena intención, que han resuelto encauzar con su brazo el fluir de la patria (...). En estos momentos no se columbra en todo el país un solo escritor, un solo orador, un solo maestro que pueda medirse con la magnitud de las necesidades nacionales.»

Cualquiera que viera
observar, poco a poco
gran roca que se cae
antequerana. Visto
enorme cabeza de
y mirando al cielo
tienen dos nombres
mente, y «La Peña
la leyenda que, en
calde musulmán co
rado, un preso cr
fuera de la mazmor
taña, y fueron per
manas. Cuando s
dieron que la única
para siempre era
desde la nariz del